

MARÍA BARANDA

PECES AL ALBA

A la hora nona,
cuando escondíamos los harapos
de un cuento maldiciente en nuestras bocas,
en aquellos oratorios de madera
trazábamos geografías celestes
con la punta de los dedos:
altas montañas para el descanso de las estrellas,
una provincia de extraños cometas y grandes bóvedas
para los sueños más amarillos y los abrevaderos del deseo.
En aquella miseria tendimos verdes tapetes
tejidos a duermeverla
para la soledad de nuestro cuerpo,
y a la luz del último espejo
vimos las migraciones de las imágenes
donde el cielo es alto, alto en pensamientos.
Allí se abrió un bosque de ángeles
un tiempo de luz para la carne
para los pedazos que ahora son cardos
y cortejan las márgenes del verano.
Allí escuchamos el suave rumor del campo
ataviado por jóvenes cadáveres
que alguna vez rindieron homenaje en ese bosque.
Miramos a una muchacha despojarse de su paño
y como alados peces la vimos entre gestos,
entre la abrupta inminencia de un caudal
que recorría nuestros recuerdos.
Ocultamos el viento en la cadencia del agua,
en esas manos que acechan el débil cauce de los cienos.
¡Qué árbol de luz más luminoso!
¡Qué espléndido sorbo en el establo de los ojos!
Desnuda, con el olor ancestral de los efluvios
nos enlazó cual peces al alba
con la claridad de la mirada.
Olvidamos que a la intemperie no hay hechizos: no hay rostros,
sólo ásperos ecos que retumban en tierra seca,
entretejidas cuevas de piedras rotas,
remolinos de abejas que estallan
en el jardín marino de los muertos,
pedazos de un nombre que yace sobre los vidrios del tiempo.
Allí escuchamos a aquellos ángeles entonar un himno
en el estuario de los párpados.
Un canto de luz en las tinieblas:
para los niños sin nombre
para los muertos que aguardan en nuestro espejo.